



SEMANARIO POPULAR

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 6.º

JUEVES 9 DE ABRIL DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

JARDINES BOTANICOS, por Miguel Colmeiro.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—UNA RECEPCION OFICIAL ENTRE LAS TRIBUS NEGRAS DEL AFRICA.—A EMILIA GR... por D. C.—MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON, por Adela.—EL JOVEN DE ROSENGARD, poesía popular sueca de la edad media.—EL GENERAL DON JOSE MANSO.—SIN CONSUELO, balada, por F. Muñoz y Ruiz.—REFRANES HIGIENICOS.

JARDINES BOTÁNICOS.

Indiferente podrá parecer á las personas extrañas á la botánica, que las plantas cultivadas en los jardines destinados á su enseñanza estén colocadas segun un orden científico cualquiera, ó del modo que mas convenga al cultivo, ó mas agrade á la vista; pero no así á las que conocen aquella ciencia; y lejos de ello tienen que tolerar que se sacrifiquen á las ventajas que proporciona el mejor y mas riguroso orden científico algunas de las que podrian obtenerse atendiendo exclusivamente á lo que el cultivo y el adorno exigen. No es decir que los botánicos prescindan de uno ú otro, pero sí es dar á entender que, constituyendo las plantas en estos jardines verdaderas colecciones científicas, deben sujetarse como tales al orden de la ciencia á que pertenecen. Mas necesario es hacerlo así cuando el número de las especies cultivadas es considerable, porque de otro modo no sería fácil hallar con prontitud cualquiera planta que se necesite para hacer en el momento alguna demostración. Pero en todos los casos es del mayor interés, que los alumnos, al recorrer el jardín, puedan observar práctica y fácilmente las mutuas semejanzas de las plantas, base de su clasificación, y se logra colocándolas conforme á ella. Por esto la parte de los jardines así dispuesta se llama *Escuela* con mucha propiedad.

Mientras reinó la clasificación de Tournefort hubo en los jardines botánicos dos escuelas; la una para las yerbas y matas, y la otra para los árboles y arbustos, correspondientes, segun se deja conocer, á las dos primordiales divisiones establecidas por aquel célebre botánico. Pudiera creerse que, á trueque de evitar algunas dificultades que ofrece el cultivo de plantas de diversa talla y robustez, se inclinó Tournefort á dividir el reino vegetal de una manera tan poco conforme á la naturaleza. Sin embargo, existe aun en algunos jardines botánicos una escuela de árboles separada, cuya utilidad no podrá ponerse en duda, siempre que su objeto sea el estudio de la botánica aplicada á la arboricultura.

Luego que el sistema de Linneo sucedió al de Tournefort, se verificó el consiguiente cambio en la disposición de los jardines botánicos. En lugar de las dos escuelas se formó, como era preciso, una sola dividida en 24 cuadros, correspondientes á las 24 clases del sistema sexual, y en los bordes solian ponerse los de mayor talla. Los jardines que no han sido modernamente replantados, conservan esta disposición, que es la que el de Madrid todavía presenta, aunque las plantas se hallen distribuidas en los cuadros antiguos, segun sus semejanzas naturales.

Ahora que el método natural domina, sería un anacronismo disponer bajo otros principios los nuevos jardines botánicos que se establezcan. Debiendo constituir la escuela una no interrumpida serie de plantas, que representen muchos de los grupos naturales en que está distribuido el reino vegetal, claro es que la division general que de ella se haga no podrá parecerse á la antigua, solo tolerable en los jardines que no se prestan fácilmente á cambiarla.

Los grandes cuadros han desaparecido de los jardines modernamente arreglados, y en su lugar se ven eras de longitud indeterminada y de anchura suficiente para que puedan contener con holgura una hilera de árboles, ó

dos de plantas medianas colocadas en tresbolillo, como suele decirse, ó sea formando triángulos equiláteros. Estas eras paralelas, y separadas por carreritas, forman una serie mas ó menos larga, que podrá estar dividida por una ó mas carreras anchas, y cruzada por otra ú otras semejantes, segun la estension de la escuela. Las plantas deben aparecer en una línea que va serpenteando desde la primera hasta la última de las eras; si dando la izquierda á la primera de las plantas se continúa en igual posición respecto á las demás, yendo y viniendo por las carreritas que separan las eras, sin hacer caso de las interrupciones producidas por las carreras mas anchas. Por lo demás, los bordes de las eras pueden formarse con bojes bajos, ú otras plantas apropiadas, que crezcan poco, sino se prefiriesen ladrillos ó piedras que, aunque no hermosean, tienen la ventaja de no abrigar tan fácilmente los caracoles y los insectos. En la serie lineal que forman las plantas dispuestas del modo dicho, deben hallarse estas aproximadas por géneros y familias, indicando el punto en que comienza cada uno de estos grupos por su correspondiente nombre puesto en un tarjeton colocado á cierta altura, y á cada planta en particular debe acompañar otro dispuesto de un modo semejante. Los rótulos de las clases, familias, géneros y especies podrán ponerse sobre fondo de distinto color, para que desde luego se distingan. A los nombres latinos conviene agregar los verdaderamente vulgares; y respecto á cada especie no estaría de mas añadir una simple indicación de su patria y de sus principales usos, aunque general y concisamente expresados. Ninguna dificultad ofrece indicar que la planta es tintorial, textil, medicinal, etc., y de hacerlo, aumenta mucho la importancia de los jardines botánicos á los ojos del público, é inspira tambien á los alumnos mayor interés por el estudio de la botánica.

Ninguna precaucion que conduzca á la conservación del orden establecido en la escuela debe tenerse por supérflua, y por consiguien-

te no lo parecerán algunas que introdujo De Candolle en los jardines de Mompeller y de Ginebra, después adoptadas en otros que además de estos visitamos antes de ahora. Como puede suceder con mucha facilidad y frecuencia que los tarjetones rotulados dejen de ocupar sus correspondientes lugares por error ó descuido de los jardineros subalternos, y como esto aumentaría inútilmente el trabajo del profesor al restablecer los nombres de ciertas especies que hubiese de determinar nuevamente, ideó De Candolle medios de conservar los nombres de las plantas sin necesidad de atenderse precisamente á los rótulos que tengan. Se numeran las eras y se indica cada uno de los costados por una letra: estando formados los bordes por bejes, al contarlos se deja de cinco en cinco pies una pequeña eminencia, que podrá ser sustituida por cualquiera señal, caso que sean de ladrillo ó piedra los bordes; pudiéndose de uno y otro modo calcular con facilidad la distancia que haya desde el principio de cada era, á un punto cualquiera del lado que se considere. Fórmase anualmente un registro en folio, en el que, destinando para cada uno de los lados de las eras una página, y para cada pie de distancia una línea, quedan indicadas no solo las plantas que existen, sino el lugar en que se hallan, y también pueden anotarse los nombres de las clases, familias y géneros, según el lugar que ocupan. Y como hace observar De Candolle, hijo, puede de este modo el director del jardín disponer, sin necesidad de ir al lugar mismo, que cualquiera planta sea colocada en el hueco que le corresponda: bastará que, por ejemplo, diga al jardinero que tal planta la coloque en la era vigésima quinta, lado B, á los treinta y cinco pies de su principio, ó abreviadamente 25, B, 35; además de que hallará siempre el nombre verdadero de la planta, como al determinarla no descuide apuntarla en el registro, y en el supuesto de que ella permanezca en el mismo lugar.

(Se continuará).

MIGUEL COLMEIRO.

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

El hombre gordo declaró que se había levantado cuando los pájaros; no tengo razón alguna para dudar de su veracidad; pero es cierto que si la criada que le despertó, hubiera oído alguno de los ronquidos ó de las otras manifestaciones que se oían al través de la puerta, hubiera tenido una prueba muy fehaciente de que el hombre gordo estaba aun en posición horizontal, y sin embargo, hacia ya hora y media que se habían despertado los pájaros en el momento en que la criada le llamó. Eran las seis menos cuarto cuando estuvo en estado de comenzar el gran deber matutino, el afeitarse. El estuche que tenía para esto el hombre gordo, era rico, raro, bien provisto y curioso; poseía un juego de navajas labradas por el canto, que cada una de ellas tenía el nombre de uno de los días de la semana, solo que él siempre se afeitaba en sábado con la navaja del jueves. Tenía cueros mágicos y cueros de Siria, y además una pasta peculiar de un nombre griego muy largo, y cuya derivación era problemática; esta pasta estaba contenida en un cristal oblongo, y un pedazo pequeño de ella aplicado á la barba y frotado después producía una espuma abundante y suave. El rostro expresivo de nuestro amigo estaba en esta disposición cuando se abrió la puerta de su cuarto, y el imbécil mozo de la fonda entró gritando ¡que es tarde! ¡que es tarde! y cayéndosele la baba terriblemente.

Digo el imbécil mozo de la fonda, por la razón de que en Alemania la imbecilidad en

los mozos de estos establecimientos es la regla, y la inteligencia la escepcion. Los dueños parecen tomar los idiotas desde muy jóvenes y criarlos para limpiar las botas, cepillar la ropa, llevar la leña y atar los equipajes. El hombre gordo no se alteró por la presencia del mozo y siguió haciendo con su navaja los preparativos que todo hombre ya diestro hace siempre antes de empezar á afeitarse; pero las reiteradas voces del camarero le hicieron volverse y decirle que podía mandar, porque el hombre gordo tenía la idea de que el alemán no era mas que una corrupción del inglés de Londres, con un acento muy pronunciado del dialecto del país de Gales. No se sabe hasta dónde hubiera llegado en esta conversacion, porque el hombre flaco entró precipitadamente en la habitacion en aquel momento para decirle que se apresurara.

—Lavaos pronto la cara, le gritó con impaciencia; el billete está pagado y ya se han llevado mi equipaje. El barco está para partir y aun tenemos que andar cien varas. Andad, tendremos que correr.

—Pero yo necesito afeitarme, replicó el hombre gordo.

—Podeis afeitáros en Maguncia, en cualquiera parte.

—Pero puede haber señoras abordo del buque, dijo el hombre gordo siempre galante.

—Y nosotros podemos perder el billete, replicó el hombre flaco con tono áspero. Ahora, acabad de vestirós; aquí hay un muchacho; tomad el saco de noche. Y el enérgico hombre flaco guardó en la maleta de su amigo todos los instrumentos y útiles de afeitarse, echó la llave y ató las correas. Pero, querido mío, añadió después, ¿dónde está el hombre con su maldita caja de hierro?

En este momento fue cuando se le dirigieron al viajero que estaba en las regiones de arriba, las palabras de oprobio, de dormilon y de párpados de plomo. Obedeciendo á tan descortés llamada, descendió algunos peldaños de escalera, pero se detuvo quedándose un escalon mas arriba que sus compañeros y dijo solemnemente:—Creo que esta casa está habitada por duendes.

—Bajad, gritó con impaciencia el hombre flaco.

—Es bien sabido, continuó diciendo el hombre de la caja de hierro, que en el palacio de Berlin la aparición de la dama blanca siempre anuncia una muerte en la familia real de Prusia. Cuando el anciano rey Federico I...

—Si no bajais, gritó con cólera el hombre gordo, os juro que abro otra vez mi maleta y que...

A tan ruda intimación, el hombre de la nariz colorada bajó murmurando entre dientes que no estaba acostumbrado á que le trataran así.

Cuando los viajeros descendieron, hallaron que el cofre del misterio formaba la estremidad de una pirámide, hecha en un carretón para los equipajes que el camarero idiota iba arrastrando por la calle con la mayor velocidad posible y dando voces á medida que corría. En la esquina de la calle le vieron detenerse y lamer la caja de hierro que parecía mas metálica que nunca. ¿Se imaginaba tal vez que había dentro algo bueno que comer?

—Debe ser así, dijo el hombre gordo con tono pensativo; debe haber asesinado á algun negro en la costa de Guinea en el año 1834 y los huesos estarán dentro de la caja.

Era una mañana oscura y nebulosa; solo uno de los viajeros, hombre astuto, había almorzado y distribuyó entre sus compañeros algunos panecillos diminutos que fueron devorados como era natural. Fue necesario hacerlo así para animarlos á dar una carrera, porque empezó á oírse una campanilla con un sonido muy discordante y el mozo idiota apareciendo súbitamente entre la niebla, cuando le creían á cincuenta varas de distancia, los volvió á gritar con una especie de ahullido que era demasiado tarde.

El hombre gordo y el flaco habían dicho que

el de la caja de hierro era un dormilon y que tenía los párpados de plomo; que había matado á un hombre y que llevaba los huesos de su negra víctima en su caja de hierro; pero aun en Colonia, en la Prusia rhiniana, había una especie de Némesis para vengar las injusticias, según descubrió bien pronto á costa suya el hombre gordo. Porque el desusado espectáculo de tres individuos vestidos decentemente, saltando como corzos y despertando los ecos por el ruido que hacían sobre las piedras del mal pavimento de las calles, á las seis de la mañana en un día de niebla alarmó á los perros de Colonia. Cohortes enteras de estos animales salieron de perreras, alcantarillas y agujeros diversos, apareciendo de pronto salvajes, de malas trazas, con las orejas rotas y la boca abierta, y multiplicados y aumentados por la niebla. El hombre flaco los dejó pronto detrás y parecieron despreciar al hombre de la nariz colorada, pero se dieron á perseguir al hombre gordo como á su presa especial; le ladraban, le acometían, le ahullaban, le mordían la ropa y le fatigaban. El hombre de la caja de hierro era cristiano, filantrópico, bienhechor de su especie, pero no le ayudó en este trance, y el hombre flaco declaró que le había visto azuzar á uno de los perros contra el hombre gordo.

Por fin se vieron abordo del *Príncipe de Prusia*, y tomaron los billetes en una especie de choza que parecía el despacho de un teatro. El hombre flaco los tomó de segunda clase en vez de primera, porque según decía, cuando los consignatarios del buque pueden hacerlo, os obligan á pagar por el llamado pabellón que es una parte mínima é impalpable del buque. ¿Qué pícaros hay en las orillas del Rhin!

Se puede repetir lo que dijo el rey Jacobo I cuando vió en el palacio de Westminster á los jueces, á los abogados y á los defensores:—Son unos tunantes, unos tunantes, añadió con tono afable el hombre de la caja.

—No os acordeis jamás del rey Jacobo I, replicó el hombre gordo con inusitada dureza, porque su humor no era nada bueno á consecuencia de su aventura canina; id mas bien á cuidar del equipaje. Vuestra malhadada caja pesará, según costumbre, una tonelada mas de lo que está permitido; andad y decid que yo necesito almorzar.

La cubierta del *Príncipe de Prusia* se asemejaba tan poco al puente de un buque que hace viajes de recreo, como el tiempo á la estación en que deben hacerse por el Rhin. Estaba llena de mercancías, vasijas de barro, banastas con aves y diferentes objetos de toda clase y hasta camas y sillas. ¿Era día de almohada en Colonia, ó había algunos inquilinos de la ciudad de Agripa y de la torre de San Engelberto con intención de ir por el Rhin á Bona ó á Andernach? El hombre gordo se pronunció contra la aptitud de los alemanes para cualquier clase de navegación.—Los marineros llevan chaquetas encarnadas, dijo señalando á algunos marineros de agua dulce, que parecían postillones sin uniforme y con el traje de la caballeriza. ¿Qué podeis esperar de marineros con chaqueta encarnada? Mirad, el timonero está fumando en una pipa de espuma de mar; ¿qué disciplina podeis esperar de un buque en que se puede hablar al timonero? Puede ser que el capitán lleve botas de montar.

El capitán del *Príncipe de Prusia* no estaba calzado precisamente de la manera conjeturada por el hombre gordo, pero era sin embargo el mas extraño capitán de marina que podía verse. Su traje era de una naturaleza tan lúbrica, y seria tan largo el describirle, que creo mucho mejor que los lectores consideren su retrato, retrato hecho algo de imaginación, por el hombre gordo, mientras el hombre de la caja de hierro estaba presenciando cómo ponían tarjetas de madera á los equipajes de los viajeros. Cuando volvió al lado de sus compañeros, estos le cumplieron por sus progresos en el alemán; el hombre gordo

añadió, que como adición á su acento del país de Gales, era necesario para parecer un verdadero alemán que pronunciara mal el inglés, como tienen por costumbre hacerlo los habitantes de la Germania.

El sombrío cocinero del buque llevó á los tres viajeros tres tazas de un café extraordinariamente negro; estas con un indicio de Coñac, que es muy caro y muy malo en las cercanías del Rhin, y con una ración de las indispensables tostadas de pan con manteca, pero que habían perdido esta última, fue el succulento almuerzo que los suministraron. Este refrigerio le tomaron sobre una mesa húmeda, cerca de donde se hallaba el timonero, que como antes he dicho estaba fumando de un modo muy contrario á la disciplina de abordó, chanceándose con los marineros que pasaban cerca y á veces hasta graznando canciones báquicas.

—Si yo os tuviera abordó de un buque mandado por mí, haríais una maniobra que no haceis, amigo mío, dijo el hombre gordo con una severidad afectada, y tendríais por recompensa nueve docenas de palos, ó yo había de perder el nombre de almirante Nelson. El timonero mientras tanto había comenzado una canción sentimental. Pero ¿qué estais leyendo ahí?

Esta última parte de su oración fue dirigida no al timonero, sino al hombre flaco que con su libro de memoria en la mano estaba murmurando entre dientes lo que había escrito en él.

—Estoy leyendo únicamente, contestó el hombre flaco, la lista de los líquidos que vos bebisteis ayer desde que entramos en el Maes hasta que fuimos á dormir á Colonia, y es realmente asombroso para mí cómo hay un cuerpo que pueda soportar un consumo tan enorme de líquido.

—¡Enorme! gritó con indignación el hombre gordo; os desafío á que lo probeis, porque en todo el día no bebí mas que un vaso de agua de nieve y una copa de aguardiente. ¿No es bien sabido que cualquiera que sea el nombre que tenga en el pasaporte, yo soy en realidad el señor Pope de la alianza del Reino Unido que viaja de incógnito?

—Entonces yo soy Juan Gouch, dijo con incredulidad el hombre de la caja de hierro.

—Decid mas bien «el terrible ejemplo» para ilustrar una oración, dijo con una sonrisa el hombre flaco, señalando la nariz colorada del de la caja de hierro; pero mirad, aquí está la lista; esto por lo menos es incontestable.

—Leed, leed, gritó el hombre de la caja de hierro deseoso de dejar la conversación acerca de su tan criticada nariz.

—Leed, gritó también el hombre gordo, apoyando con aplomo su ancha espalda contra la obra muerta del buque y tratando en vano de distinguir la orilla izquierda del Rhin al través de la niebla.

—Se leerá la lista, replicó el hombre flaco después de haber hecho ¡hem! para aclarar su voz. Y se puso á leer una lista que contenía 18 partidas de bebidas de toda clase, cerveza de Rotterdam, de Edimburgo y de Baviera; vino del Rhin, de Burdeos, de Geisenheimer, tazas de té, agua de Seltz, etc., etc.

—Y sin embargo, no reventó, dijo el hombre flaco al concluir, cerrando su libro.

—Es un catálogo prodigioso, añadió en tono pensativo el hombre de la nariz colorada. Es digno del Gargantua de Rabelais, es homérico; recuerda el banquete de los tres gigantes Goulú, Goinfir y Gouliaf, es asombroso.

—Es el consumo diario de un hombre honrado, replicó con severidad el hombre gordo. Yo no soy de papel (dijo echando una mirada desdeñosa al hombre flaco), ni finjo una templanza hipócrita con una nariz que se sonroja al ver mi doblez; (aquí el hombre de la caja de hierro bajó la cabeza). ¿Queríais que me muriera como Juan Jones, cuyo interior se vió en la autopsia que se hizo de su cadáver, que estaba lleno de hojas de té y de bolas de nieve? Si la naturaleza hace hombres altos, gruesos

y hermosos, ¿no han de alimentarse? ¿Vivirá un elefante con un pedazo de pan y un poco de leche?

—Pero vos no sois un elefante, repuso el hombre flaco.

—Y no sois hermoso, empezó á decir el hombre de la caja de hierro.

—¡Silencio! replicó el hombre gordo; andad á copiar vistas del paisaje que nos rodea. ¿Os parece nebuloso? Pues es también falta vuestra. ¡Silencio, y que calle también esa terrible campana!

Era, en efecto, la campana peor que ha sonado en el mundo; debía tener alguna rotura como la campana del Kremlin en Moscov, pero había estado tocando por intervalos cortos con un tañido triste, desde que el *Príncipe de Prusia* había salido de Colonia.

La niebla era muy espesa, y dieron las nueve de la mañana antes de que aclarase y se pudiera ver la ciudad de Bona. El hombre gordo, á quien la niebla y la caza canina que había sufrido en Colonia, ó mas bien su vigorosa constitución había dado un apetito tremendo, disgustado del café y de las tostadas, había recurrido á tomar vino de Rudecheiner, pan y manteca. Le chocaba la forma escéntrica de los panecillos delgados y abiertos, pero nadie se fijaba en ello, excepto el hombre de la caja de hierro, el cual advirtió que tenían la misma forma que el pan que se vendía en Rusia, y el hombre flaco observó que sería debido á que la mayor parte de los panaderos que hay en Rusia son alemanes; el hombre flaco era un hombre prudente y que había viajado.

De esta manera llegaron á Bona, que como todo el mundo sabe está sobre el Rhin, y tiene universidad, y los estudiantes se batían en duelo, y aquí fue donde el príncipe Alberto de Inglaterra acabó de estudiar humanidades. El hombre gordo empezó á recitar una estrofa de los ladrones que alude á la universidad de Gotinga.

—Yo no veo que haya conexión entre la universidad de Bona y la de Gotinga, dijo el hombre de la caja de hierro; á no ser que sea porque allí estudió también otra alteza real, el difunto duque de Kent, á quien su real padre, el rey Jorge III le daba la exorbitante cantidad de dos guineas semanales para su bolsillo. En el día son mas liberales para con los príncipes jóvenes.

En este momento el genio del Rhin tuvo la humorada de conceder súbitamente á nuestros tres viajeros el glorioso calor de la luz del sol; entonces la rápida corriente tomó un color azul claro; entonces los viñedos cargados de cepas empezaron á mostrar su esplendor verde y purpúreo; las orillas del río se cambiaron bien pronto en colinas, las colinas en eminencias considerables, y estas eminencias se trocaron por último en montañas coronadas con viejas ruinas sombrías; las famosas montañas del Rhin.

Por regla general, cada castillo en el Rhin debe de tener por lo menos mil años, y si es posible tener una leyenda y un aparecido; si en la edad media se ha cometido en él algún terrible asesinato, mucho mejor aun. Imbuidos de esta pintoresca creencia, nuestros tres viajeros vieron con profunda mortificación entre Bona y las Siete Montañas una larga fila de edificios blancos con ventanas colocadas con una precisión matemática, y detrás de los cuales, dos altas chimeneas de las fabricadas en Manchester, daban salida á densas nubes de humo.

—Es una mezquita de comercio con minaretes de humo, dijo con descontento el hombre gordo.

—Es una fábrica de jabón, dijo el hombre flaco.

—Es el castillo nuevo sobre el Rhin, exclamó el hombre de la caja de hierro, creyendo que decía un chiste y buscando la aprobación de los demás, pero nadie se rió.

Era un hombre impertinente que tenía el vicio de meterse en todo.

No me pondré á hacer la descripción deta-

llada del viaje que hicieron nuestros tres hombres por el Rhin, porque sería una relación larga y enojosa. ¿Quién hay que no haya leído una descripción de este río tan visitado por los viajeros de Europa y aun de América? Diré únicamente que los antiguos barones del Rhin han desaparecido ya; que han desaparecido sus caballeros y sus senescales; que han desaparecido sus Conrados, Hermanes, Albertos, Otones, Rodulfos, Waldemaros, Brunehildas, Hildegardas, Doroteas, Gelas, Margaritas y Luisas; que sus castillos están arruinados y parecen esqueletos de anatomía; que el tiempo y la guerra de los Treinta Años, el tiempo y la guerra de los Siete Años, el tiempo y los bombardeos hechos por los ejércitos de los jacobinos franceses, y el tiempo y el cañón de Napoleon, han puesto á estos antiguos castillos tan agujereados como una criba; los pocos que hay habitables están convertidos en casas de corrección; los muchos conventos que había allí se han convertido en colegios y en hospicios de huérfanos; únicamente quedan las iglesias y las tradiciones.

Después de pasar por Bona y las Siete Montañas con Drachenfels y Rolandseck, empiezan propiamente las bellezas románticas é históricas del Rhin.

Pasado Andernach, se encuentra el pequeño y blanco pueblo de Letersdorf y la gran iglesia con cuatro campanarios, donde están enterrados el emperador Valentiniano, y un hijo de Federico Barbarroja; es decir, el imperio romano y el imperio germánico. El general republicano Hoche está también enterrado debajo de una piedra sencilla en el cementerio de Andernach, y desde la cima de las colinas, la vista abraza un círculo inmenso, extendiéndose desde las Siete Montañas hasta las alturas cubiertas de piedras de Ehrenbreitstein. En Andernach hay aun mas iglesias; la de los Cuatro Campanarios, es de estilo bizantino, y otra que es gótica ha sido convertida en cuadra para la caballería prusiana. El viajero puede ver aun la inscripción que dice: *Santa María ora pro nobis*, donde en la realidad debieran haber escrito: cuadra. Mas allá se pasa el sombrío Ehrenbreitstein y Coblenza, ciudad hermosa y risueña, después Stolzenfels y Marksburg con su cámara de tormento, sus pasadizos secretos y sus torreones abiertos en la roca sólida. Después se pasa por Mouse y por el desparramado pueblo de Velmich y la enorme torre de Falkenstein, debajo de la cual hay un foso que descende mucho mas abajo del nivel del Rhin, y que según la tradición de los campesinos, es un volcán subterráneo, del cual por la noche salen aun llamas por lo alto de la torre circular. En este pozo, el sacrilego señor de Falkenstein, echó al prior de Velmich vestido con su traje sacerdotal y llevando al cuello la gran campanilla de plata que había sido dada por Winifredo, obispo de Maguncia en el siglo VIII; encima de él echaron grandes piedras, y no se volvió á ver mas al prior en la tierra; pero cuando llegó la hora postrera del señor de Falkenstein, la campanilla de plata hizo oír su sonido, no cesando de tocar mientras él confesaba la perversidad de su vida, y todos los años, en el aniversario de su muerte, la fatal campanilla de plata hace oír su sonido.

—Querido mío, decía el hombre gordo, querria saber en qué tiempo del año murió ese señor; creo que no irá á tocar ahora, porque estoy seguro de que me quitaria el apetito.

—Esto parece mas bien la Suiza que el país del Rhin, se atrevió á decir el hombre de la caja de hierro, mirando las orillas sombrías y llenas de precipicios que tenía aquí el río, y las cimas salvajes que se veían teñidas á lo lejos de un color de púrpura.

—Esto se parece mucho al lago del Jura, replicó con tono sentencioso el hombre flaco.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.
(CONTINUACION.)

El filósofo se encogió de hombros. Dios únicamente, dijo, podrá dar la explicación de ello. Es sabido que los nobles desean á veces cosas que los hombres mas sabios no pueden comprender. ¿No hay un refrán que dice, salta, enemigo, como el señor te manda?

—Pero filósofo, tú estas diciendo cosas absurdas.

—Que me parta un rayo aquí mismo, si miento.

—¡Ah! dijo amargamente el centurion, ¡si ella hubiera vivido un minuto mas, yo hubiera llegado á saberlo todo con claridad! «No permitas que nadie recite las oraciones por mí; envia inmediatamente al seminario de Kiew, en este mismo instante, papá, y haz que traigan aquí al estudiante Tomás Bruto. Mándale hacer oración tres noches por mi alma pecadora; él sabe...» Pero no fue posible que dijera lo que sabia, porque la pobre paloma no pudo añadir ni una palabra mas y murió. Tú, hombre digno, debes ser conocido ciertamente por la santidad de tu vida y por actos agradables á Dios; mi hija acaso habia oido hablar de tí.

—¡De mí! dijo el estudiante dando un paso hacia atrás sorprendido. ¡La santidad de mi vida! continuó mirando en los ojos al centurion. ¡Señor, señor! ¿qué estais diciendo?

—Sin embargo de todo eso, por algo lo diria ella. Empezarás tu rezo hoy mismo.

—Debo decir á vuestra señoría que aunque todo hombre ilustrado por la Sagrada Escritura sirve en proporcion á su fuerza, creo que seria preferible llamar á un diácono ó por lo menos á un subdiácono... ellos son hombres instruidos que saben ya cómo debe hacerse todo esto... pero yo... yo no tengo voz y además miradme... no tengo la menor apariencia...



Cabezas y pipas.



Discurso del hombre gordo acerca del cometa.



La Belleza y su hermana.



Adorno de cabeza de una jóven alemana.



Cartera de viaje.

—Todo eso es completamente indiferente para mí. Haré todo aquello que mi tierna paloma me encargó sin faltar en nada, y si tú lees las oraciones como debes durante tres noches, yo te recompensaré largamente; de lo contrario no le aconsejaria ni al mismo diablo el que se me opusiera.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un tono tan enérgico, que el filósofo comprendió perfectamente su significación.

—Sígueme, le dijo el centurion.

Salieron al vestibulo; el centurion abrió la puerta de otra habitacion que estaba en frente de la suya. El filósofo se detuvo un momento para sonarse y pasó el dintel con un sentimiento de temor y repugnancia. Todo el pavimento estaba cubierto con una tela ordinaria de un algodón encarnado. En un rincón habia debajo de las santas imágenes, una mesa alta, sobre la cual se extendia un paño de terciopelo azul con franjas y borlas de oro y encima yacia el cuerpo de la difunta. Grandes candelabros que tenian ramas de *kalina* entrelazadas, se hallaban á la cabecera y á los pies dando una luz pálida y vacilante que se perdía en los rayos del sol. El rostro de la difunta quedaba oculto para el filósofo por el inconsolable anciano que se habia sentado delante de ella de espaldas á la puerta. Tomás se

conmovió por las palabras que le oyó pronunciar en voz baja.

—Lo que yo mas siento, hija mia, decia, no es que tú hayas abandonado la tierra en la flor de tu tierna edad antes del término natural de tus años dejándome desgraciado y triste; lo que siento, paloma mia, es no saber quién ha sido mi implacable enemigo que te ha causado la muerte. Si yo hubiera sabido que habia alguien que pensaba ofenderte ó decirte una palabra desagradable, juro por los cielos, que este hombre no hubiera vuelto á ver á sus hijos jamás, si era anciano como yo, ni á sus padres si era jóven y que su cuerpo hubiera servido de alimento á los pájaros y á las fieras de la estepa. Pero ¡desgraciado de mí! ¡querida flor mia! ¡luz de mi vida! ¡Debo vivir el resto de mis días sin una sombra siquiera de alegría, obligado á enjugar con mi vestido las gruesas lágrimas que siempre correrán de mis tristes ojos, mientras que mi enemigo vivirá en el placer y se reirá oculta- mente del impotente anciano!

Dicho esto cesó porque no podia hablar mas; su corazon lleno de dolor se desahogó en un torrente de lágrimas. El filósofo se conmovió al ver una aflicción tan grande y tosió con suavidad para aclarar su voz. Entonces el centurion, volviéndose hacia él, le mostró su sitio

á la cabecera del atahud ante un pequeño reclinatorio, sobre el cual habia algunos libros.

—Tres noches se pasan bien pronto, dijo para sí el filósofo, y además el centurion me llenará mis bolsillos con dinero.

Se acercó de nuevo, y despues de haber to- sido otra vez, comenzó á leer sin volver los ojos y con la firme resolucion de no mirar á la difunta. Poco despues advirtió que el centurion se habia marchado; luego volvió lentamente su cabeza y... le asaltó un temblor convulsivo. Ante él yacia una beldad, tal como pocas veces se ve en la tierra; jamás rostro alguno ha presentado una union semejante, de un atractivo tan grande y tan armonioso al mismo tiempo; su frente blanca y pura como nieve, como plata mate, parecia pensar aun; sus cejas, suaves y delgadas, formaban un arco altivo sobre sus ojos, cuyas pestañas tocaban ligeramente á sus mejillas que un vago deseo parecia teñir. Sus labios manifestaban sonrisa; pero al mismo tiempo el filósofo descubrió en estas líneas algo de terrible. Sintió estremecerse y temblar todo su ser, como si repentinamente en medio de una multitud que bailara al sonido de una alegre música un lúgubre responso por la muerte, se hiciera sentir entre aquella algazara. Le parecia que su propia sangre vital teñia los la-



El general don José Manso durante la guerra de la Independencia.

bios de carmin de la muerta; de pronto reconoció una semejanza horrible.

— ¡La hechicera! exclamó con voz ahogada. El filósofo palideció y empezó á tartamudear

temblando sus oraciones y sin levantar los ojos; era en efecto la hechicera que él había matado.

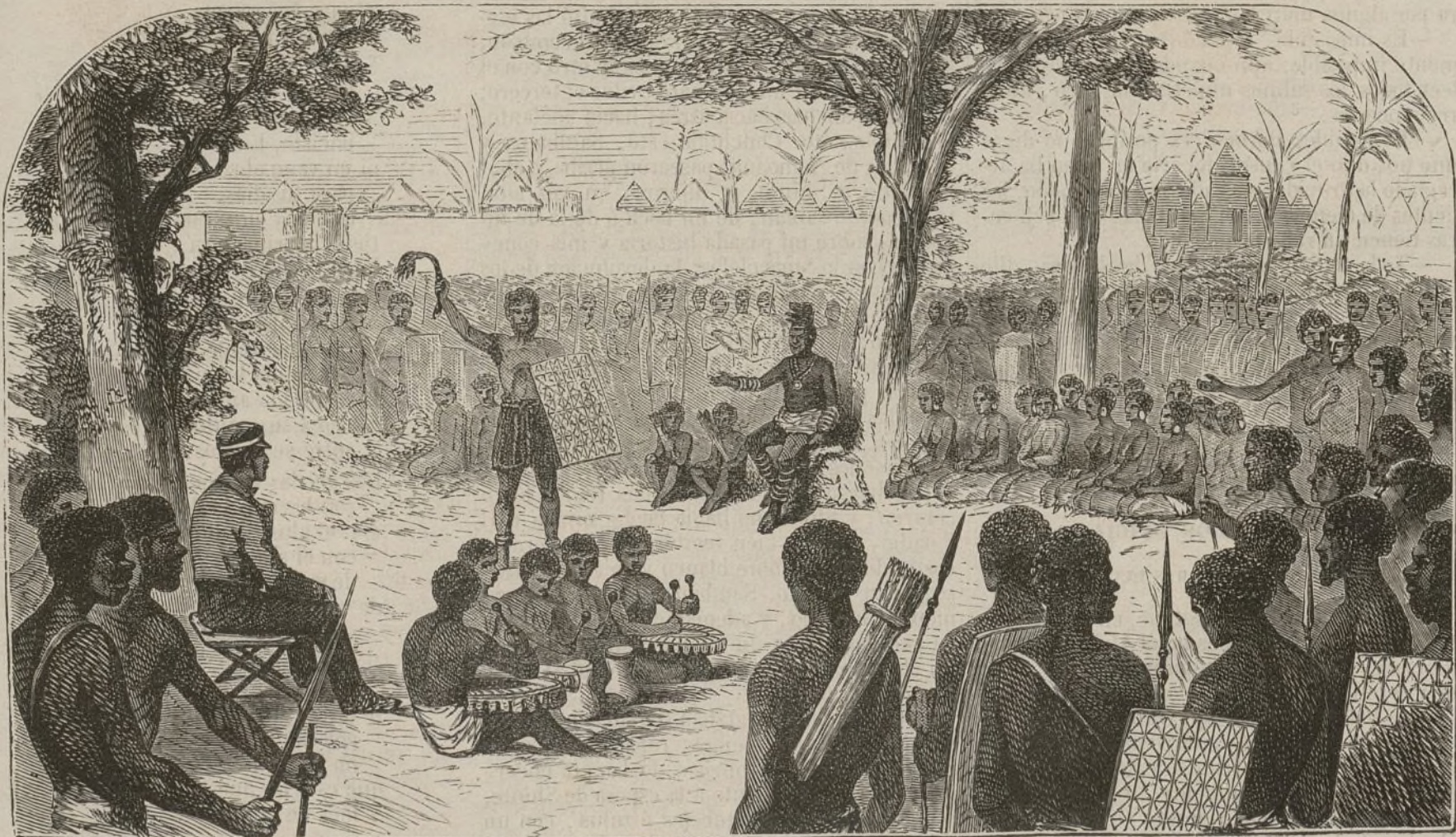
Al ponerse el sol los criados del centurion

llevaron el cadáver á la iglesia. El filósofo llevaba sobre su hombro uno de los extremos del atahud cubierto con paño negro que le parecía sentirlo al tacto tan frío como el hielo; el centurion iba delante de él con la mano puesta en un costado del atahud.

La iglesia, que era de madera, se levantaba sombría á un extremo del pueblo llevando las señales de la inclemencia de las estaciones, cubierta de verde musgo, y coronada con tres pequeñas cúpulas de forma cónica. Se echaba de ver fácilmente que hacia ya largo tiempo que no servia para el culto divino. Los criados colocaron el atahud abierto en frente del altar. El viejo centurion dió á su hija el último beso, se inclinó delante del altar y se fué con los que habían llevado el atahud, dando orden de que el filósofo fuese bien alimentado y conducido de nuevo á la iglesia despues de cenar. Al llegar á la cocina todos los que habían conducido el cadáver acercaron las manos á la chimenea, cosa que tienen por costumbre hacer los cosacos cuando han visto un muerto.

El hambre que había empezado á sentir el filósofo le hizo en un principio que olvidara completamente á la muerta; poco despues los criados de la casa empezaron á reunirse en la cocina. Esta cocina era una especie de club donde se reunian todos los habitantes de las dependencias de la casa y aun los perros que venian meneando la cola desde la puerta para recibir huesos y desperdicios. Cualquiera que fuese el punto á donde un criado fuera enviado por cualquier asunto, no dejaba jamás de entrar en la cocina á estarse allí un rato y á fumar una pipa. Todos los hombres que habia en la casa, no siendo casados y que llevaban caftan de cosacos, estaban tendidos allí todo el dia sobre los bancos, debajo de los bancos ó al lado de la chimenea; en una palabra, en cualquier parte donde era posible estenderse. y todos ellos dejaban siempre algo olvidado en la cocina, como su gorro, su látigo ó alguna cosa de esta clase y se veian obligados á volver atrás á buscarlo; pero la asamblea mas completa tenia lugar á la hora de cenar, que era cuando se presentaban el *tabunchik* (1), que

(1) Tabunchik es el nombre que dan en Rusia al encargado de las yeguas en las estepas.



Una recepcion oficial entre las tribus negras del Africa.

había tenido tiempo de volver con sus caballos de la estepa, el vaquero que había encerrado las vacas en el establo y todos aquellos que habían estado ausentes durante el día. Mientras duraba la cena se desataban hasta las lenguas mas perezosas; hablaban de toda clase de cosas; uno contaba que había hecho un nuevo par de pantalones; otro que había visto un lobo; un tercero quería conjeturar qué había en el centro de la tierra. Nunca faltaba en la sociedad algun contador de cosas alegres, porque gente de esta clase no escasea en la pequeña Rusia.

El filósofo se sentó con los demás en un círculo en el suelo de la cocina; poco despues una aldeana con tocado encarnado entró llevando en su mano un gran caldero humeando y lleno de galuchkis que colocó en medio del círculo y cada uno sacó de su bolsillo una cucharita y un tenedor de madera. Luego que sus mandíbulas empezaron á moverse con menos rapidez y que el apetito voraz de estas gentes se satisfizo algo, muchos de ellos empezaron á hablar. La señorita que acababa de morir fue naturalmente el objeto de su conversacion.

—¿Es de veras cierto, decia un vaquero jóven que llevaba atados á su cinturón de cuero tantos botones, planchas y hebillas de metal que parecia un calderero ambulante; es de veras cierto que nuestra señorita había hecho conocimiento con el espíritu malo?

—¡Qué! ¡nuestra señorita! dijo Doroch, á quien ya conocemos, nuestra señorita era una hechicera, estoy pronto á jurarlo, era una hechicera.

—Deten tu lengua, Doroch, replicó un tercero que era el mismo que durante el día había mostrado tal propension á consolar á los demás; este asunto no nos concierne, los cielos la guarden, pero nosotros no debemos hablar de ella.

Pero Doroch no se hallaba dispuesto á callar ni aun en lo mas mínimo. Acababa precisamente de hacer una visita á la bodega con el mayordomo para tratar de un asunto importante, y despues de haberse bajado dos ó tres veces sobre varias barricas, se había puesto muy animado y locuaz.

—¿Para qué necesitas que detenga mi lengua? dijo.

—Decidme, exclamó el jóven vaquero de los botones, ¿es posible reconocer á una hechicera por alguna marca ó señal particular?

—Es imposible, replicó Doroch, completamente imposible; aun cuando fueras capaz de leer todos los salmos uno tras de otro, no la reconocerías.

—Es posible, Doroch, es posible, no digas que no, dijo el consolador. No en vano ha arreglado la Providencia cada uno á su modo; las gentes de ciencia dicen que todas las hechiceras tienen un rabo pequeño.

—Toda mujer vieja es una hechicera, dijo gravemente un anciano cosaco.

—Y entonces, replicó la vieja aldeana llevando el caldero con nuevos galuchkis, entonces vosotros los hombres sois unos grandes javalies.

(Se continuará.)

NICOLAS GOGOL.

UNA RECEPCION OFICIAL

ENTRE LAS TRIBUS NEGRAS DEL AFRICA.

El doctor Daniel Levinsgtone, en sus recientes viajes y esploraciones en el Africa del Sur, describe de la manera siguiente la recepcion que se le hizo entre los balondas.

«Los balondas, dice, son verdaderos negros, y tienen en su cabeza y cuerpo mucha mas lana que ninguna de las tribus de los becuanas ó de los cafres. Generalmente su color es muy oscuro, aunque en algunos es muy claro. Muchos de los esclavos llevados al Brasil, han ido de esta region; pero al paso que poseen una semejanza general con el negro típico,

por lo que á mí toca, nunca he podido convenirme, segun mis observaciones, de que nuestro ideal negro, como se le ve en los despachos de tabaco, sea el verdadero tipo. Gran número de los balondas tienen ciertamente cabezas algo prolongadas hácia atrás y hácia arriba, labios gruesos, nariz chata, *ossa calces* prolongado, etc., etc.; pero hay tambien entre ellos muchos individuos de buen aspecto, y cuyas cabezas y personas están bien formadas.

Shinte nos honró con un recibimiento á eso de las once. Sambanza reclamó el honor de presentarnos, pues Manenko se hallaba ligeramente indispueta. Los portugueses y mambaris fueron armados con fusiles, para saludar á Shinte, y su tambor y trompeta hacian todo el ruido que son capaces de producir instrumentos ya muy viejos. El kotla, ó sitio de audiencia, era un cuadrado de cosa de cien varas, y cerca de un extremo había dos lindos ejemplares de una especie de banano, á cuya sombra estaba sentado Shinte, en un trono cubierto con piel de leopardo. Tenia puesto un sayo y un *kilt* de bayeta encarnada con franja verde; muchos collares de grandes cuentas colgaban de su cuello, y sus miembros estaban adornados con brazaletes de hierro y de cobre; sobre la cabeza llevaba un casco hecho de cuentas perfectamente unidas y coronado por un gran penacho de plumas de ganso. Junto á él estaban sentados tres niños con mazos de flechas sobre sus hombros.

Cuando entramos en el kotla, la partida entera de Manenko saludó á Shinte batiendo las manos; y Sambanza mostró su respeto frotando su pecho y sus brazos con ceniza. Estando libre uno de los árboles, me retiré bajo su sombra, y toda mi partida hizo lo mismo. Estábamos ahora á cuarenta varas del jefe, y pudimos ver toda la ceremonia. Las distintas secciones de la tribu se adelantaron, como habíamos ejecutado nosotros, mostrando reverencia cada jefe con ceniza, que llevaba al efecto; en seguida venian los soldados, armados hasta los dientes, corriendo y gritando hácia nosotros, con las espadas desnudas, y sus rostros rayados, á fin de aparecer lo mas feroces posible, y ver, creo, si conseguian ponernos en huida. Como no nos movimos, se dirigieron á donde estaba Shinte y le saludaron, retirándose luego. Cuando todos se hubieron reunido y sentado, empezaron las cabriolas. Un hombre se levantó é imitó las mejores actitudes que se observan en el combate, figurando lanzar un dardo, recibir otro con el escudo, saltar á un lado para evitar el tercero; corriendo además hácia atrás, hácia adelante, brincando, etc. Concluido esto, Sambanza y el orador de Namoana, pasearon arriba y abajo frente á Shinte, y dijeron, en voz alta, todo cuanto sabian, de mi boca ó de la de mi gente, sobre mi pasada historia y mis conexiones con los macololos; la devolucion de los cautivos; el propósito de abrir el pais al comercio; la Biblia, como una palabra bajada del cielo; el deseo del hombre blanco de que las tribus viviesen en paz; lo cual había debido enseñar primero á los macololos, porque los balondas no los habían atacado nunca, y ellos sí á los balondas: quizá mentia, quizá no, aunque ellos se inclinaban á creer lo primero; sin embargo, como los balondas tenian buen corazon, y Shinte no había hecho nunca mal á nadie, obraría bien recibiendo como era su costumbre al hombre blanco y dejándole proseguir su camino. Sambanza estaba vistosamente adornado, y además de una profusion de cuentas, tenia un vestido tan largo, que un chico lo llevaba suspendido, cual si fuese una cola.

Detrás de Shinte estaban sentadas unas cien mujeres, con sus mejores ropas, que solian consistir en una profusion de bayeta encarnada. Veíanse en frente á la esposa de Shinte, de la tribu de los matebeles ó zulus, con un curioso gorro encarnado en la cabeza. En el intervalo de un discurso á otro, las mujeres prurupieron en una especie de cancion tris-

te; pero no fue posible á ninguno de nosotros comprender si era en elogio del orador, de Shinte ó de sí mismas. Es la primera vez que había visto mujeres en una asamblea. En el Sur no se las permite entrar en el kotla; y hasta cuando se las invita á asistir á un servicio religioso, no entran sino despues de ordenarlo el jefe. Pero aquí espresaban su aprobacion con palmadas y sonrisas dirigidas á diferentes oradores; y á menudo Shinte les hablaba.

Una orquesta, que consistia en tres tambores y cuatro tocadores de piano, dió varias veces vuelta al kotla, y regalándonos con su música. Los tambores son hechos del tronco de un árbol, y tienen un pequeño agujero en un lado, tapado con un pedazo de telaraña; los extremos están cubiertos con la piel de un antílope; y cuando quieren estirla, la acercan al fuego para que se encoja: los tocan con solo las manos.

Cuando nueve oradores hubieron concluido sus discursos, Shinte se levantó, imitándole toda su gente. Había conservado una verdadera dignidad africana de modales todo este tiempo, pero mis compañeros notaron que casi no apartó de mí los ojos un instante. Estaban presentes como unos mil individuos, segun mi cálculo, y trescientos soldados. Los rayos del sol empezaban á calentar, y la escena concluyó descargando los mambaris sus fusiles.»

Á EMILIA GR...

Rizadas por el viento
azules ondas,
que mi cara patria
lameis las costas,
y reflejásteis
de mi cándida amiga
la bella imagen:

Tú, que el primer aliento
le diste brisa;
tierra, que entre las flores
su pie sentías;
sol, que tus rayos
mas en sus negros ojos
abandonado.

Dejad que me la muestren
vuestros cristales,
dadme aromas y flores
para acercarme,
rápidas alas,
y entusiasmo á mi mente
para cantarla.

No en vano en estos cármenes
naciste, Emilia,
ni en vano abril buscaron
para tus dias,
que hay en tí cuanto
tiene la primavera
de hermoso y grato.

El cielo á tu figura
dió gentileza;
tu alma, sensible al arte,
hará alma buena:
el mundo antiguo
colocó á sus cantores
entre sus ído'os.

Los abriles que gozas
son los mas bellos;
con el alma de niña,
con el aliento
de mujer, puedes
de virtud al abrigo
ser ángel siempre.

Mas si el mundo, que ahora
á ver empiezas
te ofrece sus encantos
por tu inocencia,
no la abandones,
que es el de nuestra vida.
mes de las flores.

Su valor en sus pétalos
nunca ellas cifran;
la belleza del alma

es la mas digna.
Por su fragancia
es la rosa la reina,
y no la dalia.
Cuando un rayo de luna
tu frente hiera,
brillarán tus virtudes
como diademas.
Solo á la luna
pueden mirar tranquilas
las almas puras.
Que la contemples siempre
como hoy la miras,
y agenos de pesares
lean tus dias,
pues mi deseo
es verte, con la frente
tocando el cielo.

D. C.

MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON.

La Semana Santa ha sido celebrada en Madrid como de costumbre. Inmensa aglomeración de personas de todas clases en los templos, recogimiento y compostura en todas partes, silencio y desagravio do quier; hé aquí lo que se observaba en los dias que acaban de transcurrir, en que el corazon del cristiano se ensancha y dilata de alegría al concebir la esperanza de la fe, mientras las lágrimas de la penitencia arrasan nuestros ojos. El recogimiento ha sido grande en todas las clases, el respeto y el entusiasmo por los misterios que celebra la Iglesia en los dias que acaban de transcurrir, dignos de la corte de España, primera en cultura, en lujo y civilización, como tambien en religion, en piedad y en buenas obras. Los templos han estado atestados de fieles, las limosnas que se han hecho á los pobres, á los expósitos, á los hospitales, han sido muy cuantiosas; los sermones que los oradores sagrados han pronunciado en algunas basílicas, habrán obtenido frutos de paz y de concordia, porque han sido dictados por aquel espíritu de paz y mansedumbre que guiaba las obras de los primeros apóstoles.

Nada diremos á nuestras lectoras de los sencillos, al par que elegantes trajes que han lucido en estos dias muchas damas, porque todos han sido generalmente concebidos bajo la impresion de la gravedad de las solemnes funciones para que debian confeccionarse. La corte lució en la tarde del Jueves Santo sus trajes riquísimos de gala y ceremonia, llamando la atención el de S. M. la reina y de algunas damas de la comitiva con que los reyes recorrieron como de costumbre las estaciones. La hermosura del tiempo ha convidado tambien indudablemente á nuestras elegantes para lucir sus galas, preparadas conforme con los preceptos de *La Moda Elegante* y del *Correo de la Moda*; pero terminada la Cuaresma vuelven sus ojos á los trajes nuevos de la estacion, tanto para baile y *soirées* como para visita ó paseo.

La *Violeta*, que es otro periódico de modas que recomendamos á nuestras lectoras, por publicarlo en esta corte con grande aceptación la apreciable escritora doña Faustina Saez de Melgar, dice que el traje de baile necesita un estudio especial, porque tanto embellece como ridiculiza á una mujer. No hay termino medio, y es preciso recurrir á artistas de talento para presentarse bien vestida. No se trata de recargar un traje para que sea encantador: nada de eso; y esto lo prueba muy bien la casa *Paris y Carpentier* con los siguientes: un vestido de tul bullonado á manera de olas tempestuosas; olas de tul. ¡Mirad qué efecto! Ramilletes de violetas abrigadas en un nido de blondas, capitaneando las olas de tul de distancia en distancia. Otro de tul rosa escarchado en conchas sobre un transparente de tafetan rosa con enlazamientos de primaveras, describiendo coronas unas dentro de otras y representando como una túnica Pompadour. Otro de tul malva, rayado de bu-

llones de tul en bieses sobre tafetan malva, con espirales de ramos de lilas dando vueltas sobre la falda. ¡Cuán frescos! ¿no es verdad? ¡Y cómo respiran primavera! Los sombreros son los siguientes: un sombrero Lavallière, de crespon, adornado de una cresta de encaje negro; de en medio de ella sale una medio corona de plumas iguales escarchadas de marabouts. Otro de tul bordado, encajonado en un roaleau de terciopelo verde, con penacho de lilas blancas y follaje de hiedra. Una capota de crespon liso, rosa, con vavoleto de encaje negro, y un retorcido de tul negro retenido por un grupo de plumas. Otra de crespon malva, toda floreada de violetas de Parma.

Los pañuelos de Chapron acaban de probar que no hay mas que un Chapron que los invente para los mas ricos trajes de los bailes que acaban de tener lugar. La moda exige que el pañuelo guarde armonía con el traje; así es que hay una série de ellos prolijos de enumerar.

Las mujeres, dice Mr. Jules Lecomte en su último correo de París, han renunciado al corsé, consitiendo por fin en ser bellas y naturales. Adoptan en su lugar el cinturón regente, que hace ostentar en todo su esplendor la belleza de las líneas rectas y curvas. Esta mejora se debe á *Mmes Vertus sœurs*, que han cortado segun el estatuario, un cinturón ingeniosamente modelado, que no abraza sino el talle, dejando al pecho toda su acción. El corsé solo podia comprimir volviendo el rostro pálido y marchito, y poniendo el cuerpo á manera de una muñeca de resorte, moviéndose penosamente.

No podemos terminar esta revista de modas sin dar á conocer á nuestras bellas lectoras la lista que publican los periódicos de Londres, de los regalos de boda de la princesa de Dinamarca y del príncipe de Gales, y nombres de las personas que los lucieron. Hé aquí cuáles han sido los regalos hechos á la novia.

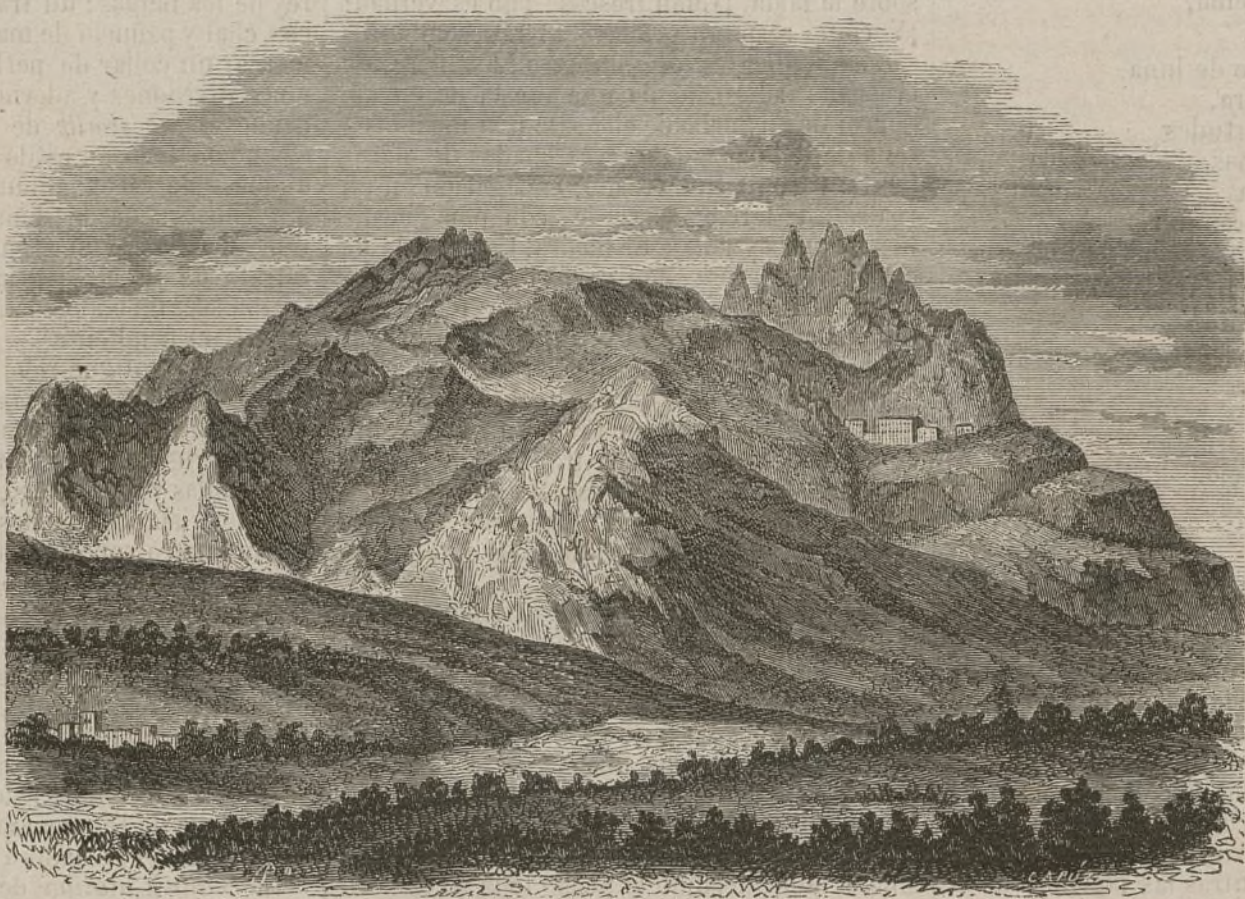
La reina en nombre del príncipe consorte: un aderezo de hermosos ópalos muy grandes y de brillantes, compuesto de tres aros circulares de cabeza; un par de pendientes, cruz y brazaletes.—La reina: medallón formado de una hermosa piedra onyx oriental con los retratos de la reina Victoria y príncipe Alberto, con cerco de brillantes y remate formando una corona de diamantes con un rubí labrado; un juego completo de adornos á la oriental con perlas, esmeraldas y diamantes, para hombros, cuerpo y brazos; seis chalets de la India; un chal de tisú de oro; varias piezas de raso y terciopelo.

—El príncipe de Gales: un collar de hermosas perlas y diamantes, de ocho vueltas, divididas por una gran perla colgando, y tres de ellas en forma de pera; un broche oblongo de tres perlas fijas y tres muy grandes colgando, entrelazadas de brillantes; un par de pendientes de boda; una diadema de brillantes, compuesta de dos aros con diez grandes brillantes equidistantes, enlazados de grecas de brillantes, y dispuestas las piezas de manera que pueden formar adornos separados á voluntad; un broche alfiler compuesto de dos grandes turquesas montado en oro á la oriental y con caracteres arábigos grabados; un hermoso canastillo de prendas de novia.—El príncipe y la princesa de la corona de Prusia: retratos de sus altezas; un brazaletes de oro con la cifra de realce *Victoria*.—El príncipe y la princesa de Hesservn: brazaletes de turquesas y brillantes con la cifra L. A. en diamantes.—El príncipe Alfredo, la princesa Elena, la princesa Luisa, el príncipe Arturo, el príncipe Leopoldo y la princesa Beatriz: un medallón ovalado de brillantes, con cinco zafiros en el centro en forma de cruz y una hermosa perla colgando.—La duquesa de Cambridge: un adorno de cabeza brillantes en forma de flores, con esmeraldas en los centros de ellas y de los capullos.—La princesa María de Cambridge: un hermoso brazaletes, con el broche de esmalte y diamantes.—El duque de Cambridge: un ancho brazaletes de tejido de oro, con esmalte azul y diamantes en el centro.—La princesa

Hohenhole: un magnífico abanico preciosamente pintado con escenas de Luis XV.—El rey de los Belgas: un traje de costoso encaje, con chal y pañuelo de mano.—El rey de Dinamarca: un collar de perlas y diamantes, con cinco divisiones y adornos de oro. Del centro pende el *fac simile* de la cruz de Dagmaz, ejecutado todo en estilo bizantino.—La gran duquesa de Mecklemburgo: un brazaletes de oro con broche de diamantes.—El rey y la reina de Prusia: un gran vaso de china con el retrato de S. M.—El landgrave de Hesse y hermanas: un aderezo antiguo de oro, diadema collar y pendientes.—La duquesa de Glucksburgo: un antiguo reloj de oro con cerco de diamantes.—El maharajá Dhuleep Sing: un porta-ramillete cristal tallado con perlas y corales incrustados, en el mango hay un cerco de esmeraldas y diamantes, y el remate es una bola de cristal con rubíes, que dándole vuelta, saltan cuatro soportes en forma de pluma.—Las damas y mayordomos de palacio: un rico servicio de tocador de plata dorada y cincelada, estilo de la reina Ana, con todos los útiles necesarios, espejo, frascos, almohadillas, candeleros, cepillos, peines, etc. La luna, que es el objeto principal del servicio, tiene un marco primoroso, en cuya parte superior hay dos ángeles en acción de colocar sobre la cifra de la princesa de Dinamarca el escudo del príncipe de gales.—La señora de Bruce: una copia de la *Santa Catalina* de Rafael.—Las camaristas: un brazaletes de oro adornado de brillantes dividido en ocho compartimentos, cada uno de los cuales contiene el retrato de una camarista.—El conde Spencer: jofaina y jarra en loza esmaltada (*majolica*).—El chambelan Schesstedt Juel é hija, la baronesa Juel Brockdorf é hija, el consejero Lindegar: un juego completo de adornos de oro en filigrana, dibujo antiguo, con brazaletes, broche y pendientes correspondientes.—La corporación de la *City* de Londres: un collar de 32 grandes brillantes, y pendientes, compuesto cada uno de dos gruesos brillantes.—La corregidora de Londres: un porta-ramillete, en forma de cornucopia, de rubíes, esmeraldas y diamantes.—La corregidora de Dublin y varias señoras de título y distincion de Irlanda: varias hermosas prendas de encaje irlandés.—La duquesa de Inverness: un brazaletes de oro con centro de diamantes.—Lady Buchanan: un hermoso estuche guarda-joyas, imitación florentina.—Las señoras de Liverpool: una cruz de 11 gruesos brillantes suspendida de un hilo de perlas.—Las señoras de Manchester: un brazaletes de ópalos y brillantes, con pequeñas esmeraldas entrelazadas.—Las señoras de Leeds: un brazaletes de diamantes con adornos é inscripciones de oro.—Las señoras de Gravesend: un porta-ramillete de coral y perlas.—Los habitantes de las dos islas, Laaland y Falster: un aderezo de oro, dibujo sajón, compuesto de diadema, brazaletes, broche, agujas de cabeza, tres botones, pendientes y sortija.—Las compañías de voluntarios rifles de Edimburgo: un magnífico adorno de cabeza, de esmalte, con escudo de armas é inscripciones.—Los niños de Windsor: una biblia y un devocionario, con tapas de marfil y adornos de turquesas.

Los regalos al príncipe han sido los siguientes:

La reina en nombre del príncipe consorte: un tazon de plata, parte dorada. El grupo de figuras que le sostiene representa á Eduardo y su esposa presentando á su hijo á los jefes de Gales. El remate de la taza por la parte superior, es la figura del santo David; dos vasos de plata, parte dorada, de forma etrusca, con adornos de figuras.—La reina: un candelabro con siete mecheros, tres grandes fuentes ovales y otros artículos de vajilla de plata.—El duque de Bucclench: un gran vaso de plata cincelada y dorada, con los bustos de alto relieve de Holbein, Erasmo, Miguel Angel y Rafael.—El duque de Newcastle: uná gran escribanía de plata cincelada.—La duquesa viuda de Sutherland: un servicio de china.—El



La montaña de Monserrat, en Cataluña.

duque de Sain Albans: un aprieta-papel de hermosísimo mosaico.—El teniente coronel Loyd Lin Isay: una elegante escribanía de plata en forma de estuche con ricos adornos.—El teniente coronel Cavendish: una escribanía de alabastro oriental.

ADELA.

EL JÓVEN DE ROSENGARD.

POESÍA POPULAR SUECA DE LA EDAD MEDIA.

—¿Dónde has estado tanto tiempo, jóven de Rosengard?
—Madre, he estado en la cuadra.
—¿Qué has hecho allí?
—He dado agua á los caballos.
—¿Por qué tienes un pie ensangrentado?
—Me lo ha pisado el caballo negro.
—¿Por qué está ensangrentada tu espada?
—Porque he matado á mi hermano.
—¿Qué vas á hacer ahora?
—Me voy á marchar á otro país.
—¿Qué harás de tu mujer?
—Que se gane la vida hilando.
—¿Qué harás de tus pobres hijos?
—Que pidan limosna por las calles.
—¿Y cuándo volverás?
—Cuando el cisne se vuelva negro.
—¿Cuándo se volverá el cisne negro?
—Cuando el cuervo sea blanco.
—¿Y cuándo el cuervo será blanco?
—Cuando las montañas vuelen por el aire.
—¿Y cuándo las montañas volarán por los aires?
—¡Nunca jamás!!!

EL GENERAL DON JOSÉ MANSO.

La España acaba de perder otra de sus glorias mas memorables, uno de los héroes mas

escelsos de la guerra de la Independencia, el general don José Manso, que inflamado en entusiasmo patriótico, desde la modesta condicion de mozo de molino, logró levantarse á una alta posicion defendiendo su país contra las invasoras huestes de Napoleon I. Al frente de un puñado de valientes catalanes, el bravo Manso desafió el inmenso poderío de los ejércitos franceses, y constituyendo la montaña de Monserrat y el llano de Barcelona en teatro de sus hazañas, contribuyó poderosamente en la derrota del extranjero y restauracion de la patria. Habia nacido en el pueblo de Borreda, provincia de Barcelona, el 26 de setiembre de 1783.

La reputacion de soldado valiente y de jefe esperto de Manso, fue tal, desde los primeros momentos de la lucha con los extranjeros, que toda la juventud del llano de Barcelona y de esta poblacion acudia á seguir sus pendones, siempre victoriosos contra los invasores de España. Asi pudo crear y organizar el regimiento de cazadores de Cataluña, llamado despues de Hostalrich, con una oficialidad muy distinguida, por ser jóvenes de instruccion y carrera, y todo en medio de una actividad no interrumpida en las operaciones militares y de continuos encuentros con el enemigo. Con este uniforme ha querido vestir su cadáver, y no podia un soldado y un verdadero español dirigir la vista al féretro de tan ilustre veterano y contemplar estos gloriosos arreos y el glorioso trofeo de un sable cogido á los franceses, que usó toda la guerra de la Independencia, sin experimentar una singular y profunda emocion. Era conde de Llobregat, gran cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, de las de San Hermenegildo y de Isabel la Católica, de la de Cristo de Portugal, comendador de la de San Luis de Francia, condecorado con el tercer premio y pension de la militar de San Fernando, senador del reino, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio y teniente general del ejército.

SIN CONSUELO.

BALADA.

—¿Por qué triste suspiras
hija del alma?
por qué veo en tu rostro
huellas de lágrimas?
Hija, no llores
que el pesar aniquila
los corazones.
—¡Ay madre! poco á poco
se va la vida,
de mis cárdenos labios
ya huyó la risa.
Triste recuerdo
de dias mas felices
solo conservo.
—¿Mas por qué desesperas?
quizá tu amante
salvo ya de la guerra
torna á sus lares.
Guarda á mañana,
guarda hasta el nuevo día,
seca tus lágrimas.
—Hace tres primaveras
que no le veo;
el corazon me dice
que se fué al cielo
y está aguardándome:
adios, madre del alma
voy á buscarle.

F. MUÑOZ Y RUIZ.

REFRANES HIGIÉNICOS.

Quien mucho abarca, poco aprieta.
Vinagre y miel, saben mal y hacen bien.
La mujer y la sardina, de rostros en la ceniza.
El cardo y el queso, á peso.
A buen hambre, no hay pan duro.
Hecha trapo, y pasarás año.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leonadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.